

# ASTURIAS

ORGANO DE LA CONFEDERACION REGIONAL DEL TRABAJO  
DE ASTURIAS, LEON Y PALENCIA

Epoca II - Núm. 2

C. N. T. - A. I. T.

Noviembre de 1963



MADRID

## OTRA VEZ LOS MINEROS

Decíamos en el primer número de **ASTURIAS**, al comentar el elevado porcentaje de las abstenciones registradas en las elecciones sindicales del mes de junio, que ese triunfo indiscutible constituía un presagio del papel que jugaríamos los trabajadores asturianos en las luchas que habrán de devolver a nuestro país el uso de las libertades que son la base de la moderna civilización.

Fresca todavía la tinta de nuestro modesto órgano clandestino, los valerosos mineros de nuestra región se lanzan de nuevo a la huelga con la intención inicial de asegurar la limitada ración de pan que evite el hambre en sus hogares, pero siempre impulsados por la inextinguible voluntad de poner fin a un régimen que mantiene vivo el espíritu de guerra civil, ahondando cada día más los odios nacidos de la frágil victoria del «ejército nacional», ese ejército traidor e incapaz que había de necesitar el concurso de unidades alemanas e italianas para poder saciar sus ansias de venganza, fusilando a mansalva los habitantes de las ciudades «liberadas».

Cuando los huelguistas proclamaban con resuelta firmeza que una de las esencias reivindicaciones del conflicto consistía en obtener el derecho a la libertad sindical, pretendían significar que su combate afectaba a la clase obrera de España entera, toda ella encuadrada en los sindicatos verticales —celosos servidores de los intereses patronales y del Estado fascista—, y trataban de alentar a la oposición que

Teníamos el propósito de dedicar este número a la conmemoración del movimiento revolucionario de 1934, mas se ha pasado —contra nuestra voluntad— la fecha. Haremos, no obstante, constar la fidelidad confederal respecto al espíritu de aquel octubre proletario y a la fraternidad sellada en el combate, ejemplo y guía de la eman-

actúa secretamente en todas las ciudades españolas para que conjugasen su acción con la ya iniciada en las minas. Por otra parte, esperaban que el exilio, las entidades sindicales y políticas desterradas, y especialmente la Alianza Sindical, que funciona más allá de las fronteras nacionales, se hicieran eco del dramatismo de esta lucha desigual y decisiva para el porvenir de España, sostenida por unos trabajadores hondamente afectados ya por el conflicto del verano anterior, que fue, si no la primera manifestación de rebeldía del periodo franquista, la que logró impresionar más a los observadores nacionales y extranjeros.

Así, pues, esos hombres que viven enterrados la mayor parte de su existencia pensaron que las fuerzas populares españolas —organizadas dentro y fuera del país con el único objetivo de colaborar al derrumbamiento del franquismo— estarían aleccionadas por la prometedora experiencia de 1962, esperando un nuevo arranque como aquél para aplicar el dispositivo de urgencia ya previsto en un plan elaborado con el propósito de acelerar la descomposición de la sangrienta dictadura franquista.

Fallado eso, no es extraño que los mineros, después de dos meses largos de huelga —sin medios económicos para atenuar la miseria, y teniendo encima que soportar solos una brutal represión que horrorizaría a cualquier ciudadano de los países europeos—, han debido poner fin —sin duda momentáneamente— a su gesto.

Esperemos, pues, que éste sea el último toque de alarma lanzado en todas las direcciones, aquende y allende las fronteras, para que la oposición —abandonando actitudes platónicas que no harían más que afianzar el régimen ignominioso que padecemos y hundir en la más profunda desesperación a la gloriosa vanguardia proletaria— se encuentre prevenida en el futuro y dis-

## MANEJOS DE FRANCO EN FRANCIA

La preocupación que para el régimen ha representado siempre la emigración política española suele disimularse con sarcasmos y burdos embustes, repetidos como por encargo por todos los periódicos. Es de suponer que, a los veinticuatro años que nos separan de la «victoria», el franquismo no debe registrar la permanencia de esa emigración como un gran peligro que, volcado en la frontera pirenaica, pudiera decidir el derrumbamiento del tinglado constituido por el «Nuevo Estado»; pero no cabe duda que le mo-

### RAMON VILA

A primeros de agosto, los diarios informaron de la brillante operación policíaca que en los Pirineos catalanes había permitido dar muerte a un bandido (traduzcamos: infatigable guerrillero libertario) llamado Ramón Vila Capdevila, «Caraquemada». La reseña de sus fechorías era un largo comunicado de policía, donde, entre algunas cosas más o menos veraces, deslizábase una sarta de tonterías difícilmente soportables.

Las hazañas de Ramón —como las de sus paisanos Sabaté y Facerías, las del zaragozano Wenceslao, el gaditano López, el montañés Carriñoso y tantos otros— merecerán bien un día todo un volumen, o acaso varios. La vida entera de Ramón fue consagrada al combate por la libertad, y especialmente en los años posteriores a la guerra, cuando el ánimo parecía eclipsado por completo, años en que actuó con el mayor denuedo en tierra catalana. Perseguido, acorralado cien veces por la Guardia Civil, su aplomo y su conocimiento del lugar en que se movía le permitió salir airoso de todas las refriegas. Finalmente, al cabo de veinte años de guerrilla, aislado y rodeado por un considerable número de fuerzas, el viejo confederal sucumbió dignamente, alma en mano, despreciando a los esbirros.

Ya caído, los gacetilleros del régimen han pretendido falsear la silueta de Ramón. Vapo empeño. Hoy el nombre del guerrillero merece más respeto y simpatía, no sólo en los medios antifascistas de toda tendencia, sino en el estado llano, entre todos los obreros y campesinos de esa región que fue escenario de su lucha.

lesta —y no puede ocultarlo— que la emigración, disminuida y todo, aguante y no ceje en su propósito de combatir a los traidores que se alzarán contra la voluntad del pueblo, que desencadenaron la matanza y que nos han hundido en esta vergonzosa noche de dictadura y oprobio.

Así, pues, los servicios policíaco-diplomáticos de Franco han repetido semana tras semana sus demandas cerca del gobierno francés para lograr la supresión de las actividades orgánicas, publicitarias, etc., de la emigración. En general, tales demandas han caído siempre, por absurdas, en el vacío. Sin embargo, la evolución política francesa y el fenómeno O. A. S. —cínicamente explotado desde Madrid como moneda de cambio— han dado algunos frutos, entre ellos el de la suspensión de los viejos periódicos confederales y el portavoz socialo-uguetista, reaparecidos luego con nombre distinto y bajo el patrocinio de entidades francesas.

Ultimamente, los servicios policíaco-diplomáticos han vuelto a la carga, apuntando preferentemente contra las organizaciones libertarias. Dejándose, pues, «convencer», ciertas autoridades francesas han querido dar una satisfacción al gobierno español, y al efecto han ordenado registros en los domicilios de una sesentena de refugiados libertarios, así como varias detenciones, de las que doce fueron mantenidas varios días, y algunas lo son todavía.

Aparentemente, Franco ha conseguido un gran éxito, mas en realidad todo ese revuelo no pasa de ser una mísera concesión cuyo resultado final vendrá a aumentar el asco que en toda la opinión sana del mundo producen las maniobras del «caudillo». No se sabe todavía —según nos escriben de Francia— si habrá proceso o no; pero si lo hubiera, la verdadera acusación no recaerá sobre los compañeros inculcados, sino sobre este régimen de desalmados que las complicidades internacionales han hecho perdurable en España.

El desfile incesante de obreros españoles hacia el extranjero interesa, más que a éstos —explotados por doquier—, al Estado español, cuyas reservas de divisas aumentan cada mes gracias a las remesas de fondos de los nuevos esclavos. Ese dinero (más de 20 millones de dólares registrados solamente en agosto) explica el cacareado progreso económico nacional...

## EL DOBLE CRIMEN DE MADRID

En Madrid, viernes 16 de agosto, dos jóvenes libertarios —Joaquín Delgado y Francisco Granados— fueron ejecutados a garrote vil. La Prensa dio la noticia acompañada de unos insidiosos comentarios por los que el lector común podía, sin más averiguaciones, suponer que los infortunados muchachos eran culpables —convictos y confesos— del atentado ocurrido días antes en una de las dependencias de la Dirección General de Seguridad. La verdad, sin embargo, es que las dos últimas víctimas del régimen, odiosamente inmoladas, eran completamente inocentes.

Ni Delgado ni Granados habían participado en el referido atentado. La policía lo sabía perfectamente, y lo sabían tanto o mejor sus jueces. Una y otros, presionados sin duda por las jerarquías —ya inquietas por el desarrollo de determinadas actividades dinamiteras— se han prestado a la comisión del crimen. De ahí la tremebunda información del arresto y de los materiales hallados en poder de esos muchachos; de ahí el juicio hipócrita, apresurado y sin observadores extranjeros; de ahí la aplicación del horroroso procedimiento medieval de ejecución; de ahí, en fin, las explicaciones miserables de la Prensa dirigida, cínicamente mezcladas con lastimeras referencias a los heridos del atentado antes citado.

El régimen, no ahito todavía, se ha bañado un poco más en sangre, en sangre joven, obrera y libertaria. Ambos compañeros han sucumbido, pues, a manos del verdugo porque —insistimos— las jerarquías necesitaban mostrar un nuevo ejemplo de energía, digamos de villanía inquisitorial y fascista. Cuando la clase obrera —por reflejo de la brillante lucha minera— empezaba a agitarse en la Península, Franco y sus compinches sintieron

Se ha celebrado en Toulouse (Francia) un congreso de la C. N. T. de España en el exilio, entre cuyas resoluciones figura preferentemente la de proseguir su ayuda a la organización confederal clandestina y desarrollar la lucha contra el régimen. Fue ratificado con el mismo propósito el acuerdo de Alianza Sindical (U. G. T.-C. N. T.-S. T. V.), y el congreso propició además la creación de un organismo que reuniera a todas las fuerzas antitotalitarias.

acercarse la conclusión del imperdonable dominio. Han reaccionado, consiguientemente, con la cobardía de todo criminal en el ruedo político: matar inocentes a modo de ejemplo, matar para intimidar a los pobres de espíritu, matar para dar la impresión de seguridad y perpetuar el terror. Y sin embargo, esa persistencia en el crimen tiene más de miedo que de fuerza real, pues tanto el jefe máximo como sus asistentes se dan cuenta de que, con bendiciones o sin ellas, a todos los cerdos les llega su San Martín.

## NUEVO ESCANDALO

El gobierno norteamericano ha calculado a su modo las ventajas (?) que estratégicamente le proporcionan las bases establecidas en España en virtud del tratado suscrito en 1953 con el gobierno fantoche de Madrid. Pasando, pues, por alto las prudentes observaciones que le habían hecho distintos políticos, sindicalistas, periodistas, diplomáticos e incluso militares de su propio país, la actual administración (demócrata) acaba de confirmar la estúpida política de su predecesora (republicana), autorizando la prolongación durante cinco años del acuerdo sobre las bases mencionadas. Esa decisión —que, dicho sea de paso, no nos ha sorprendido en absoluto— constituye un nuevo insulto hacia el pueblo español, este pueblo que en los años de conflagración mundial —cuando Franco exhibía en su despacho los retratos de Hitler y Mussolini— sostenía precisamente la causa de los Estados Unidos y sus aliados frente a los «adláteres» del Eje, que eran los militares y falangistas engordados entonces por los repugnantes dictadores europeos y protegidos hoy por la liberalísima administración demócrata.

Como españoles, pues, y sin que nuestra actitud se confunda en modo alguno con la de los oportunistas que se inflan de patriotismo en cuanto se trata de criticar a los EE. UU., pero callan hipócritamente las maniobras de la U. R. S. S. —que desde Potsdam hasta el ingreso de España en la O. N. U. han servido sin escrúpulos los intereses de Franco—, expresamos el asco que nos produce la prolongación del convenio, es decir, la reincidencia en el escándalo.

## LA PRENSA DIARIA Y LA HUELGA MINERA

Dos meses de paro es una prueba difícilmente soportable, sobre todo en condiciones ilegales, en un país —como es nuestro caso— de dictadura fascista, y por añadidura clerical y reaccionaria. Los mineros de la región, decididos a afrontar la amenaza del hambre y los riesgos consiguientes, han sabido sobreponerse a las presiones del Poder, prolongando la lucha hasta el límite extremo de sus fuerzas.

Esa tenacidad ha mostrado, naturalmente, a la clase obrera de otras regiones que el régimen, pese a todas sus bravatas, no es inatacable. Es más, le ha puesto en ridículo por el hecho de que sus repetidos comunicados de «normalidad» sólo han servido para propagar el chiste o el comentario irónico en todas las poblaciones.

Así, pues, el ensayo fraguista de la difusión de noticias (liberalización de fachada), aliñándolas siempre en forma favorable para el régimen, ha fracasado de modo estruendoso. No podía ser sino así, pues que las tres cuartas

partes del tiempo que duró el conflicto las noticias giraban en torno a la reanudación del trabajo, y las cifras de obreros que atendían las invitaciones de las autoridades representaban un total cien veces superior al del conjunto de trabajadores mineros de Asturias y León.

Esos cálculos, ya harto abusivos en la Prensa regional, eran aún más exagerados en los periódicos de otras provincias, y, como es natural, el lector, por poco avisado que fuere, en seguida pudo darse cuenta que algo fallaba en la información dirigida, pues no era posible que, entrando cada día al trabajo un 60 u 80 por ciento de obreros, el conflicto, al cabo de dos meses, aún coleara.

En suma, el sacristán Fraga, a quien ya los estudiantes de la Universidad Central abuchearon al querer justificar su política de información, se ha visto en entredicho, completamente ridiculizado con las pamplinas que ha hecho circular respecto a la evolución de la lucha minera.

---

## DIGNA ACTITUD DE LOS INTELLECTUALES

Hacemos alusión en otro lugar de este número a la desilusión que ha podido significar para nuestros mineros la pasividad observada por parte de los trabajadores de otros ramos y otras regiones, y también la parsimonia de la ayuda exterior. De todos modos, es de justicia reconocer que se han producido repetidas manifestaciones de solidaridad, algunas sencillamente conmovedoras. Entre éstas cabe destacar, por ejemplo, la de los 102 intelectuales —con Lain Entralgo, Aranguren, Aleixandre, Tierno Galván, etcétera— que, en una carta dirigida al ministro de Información (y Turismo), denunciaban las coacciones, detenciones y torturas de que habían sido objeto numerosos mineros, así como las humillaciones —cortes de pelo, como en los días más tristes de la victoria y la ocupación final— impuestas a sus mujeres.

Las repercusiones de la huelga minera alcanzan a la jerarquía, una de cuyas figuras, Labadie Otermán, dimite de su cargo de director de Previsión y, en carta enviada a Solís, después de señalar las violencias ejercidas, acusa al Gobierno de ignorancia calculada, concluyendo así: «El problema que

El ministro, con gran cinismo, ha tratado de desmentir algunos de esos hechos en una comunicación ampliamente celebrada por la Prensa a sus órdenes. Sin embargo, lejos de intimidar a los intelectuales, éstos le han hecho llegar una nueva carta con numerosas firmas más que la primera, y en la cual proponen que, al objeto de tranquilizar a la opinión respecto al comportamiento de las fuerzas del «orden», el Gobierno autorice la constitución de una comisión de juristas del Colegio de Madrid para que efectúe las correspondientes averiguaciones.

Pese a sus habituales desplantes, y olvidando de repente el reiterado ofrecimiento del diálogo, Fraga ha cerrado el pico. Además de embustero, buen granuja es, pues, el socio.

aflora en Asturias es el mismo que está, más o menos a la vista, en toda España: ver Asturias es ver España entera. Y el actual régimen conduce a un vacío político irresponsable, dentro del cual las formas presentes no son más que "provisionales".»